

Lagarto, revista literaria de 1945

JOSÉ CHECA BELTRÁN

Instituto de la Lengua Española (CSIC, Madrid)

RESUMEN

En este artículo se analiza una revista jiennense de la que aparecieron solo tres números en 1945. Sus redactores, pertenecientes a la élite intelectual del Jaén de aquellos años, estaban movidos por intereses literarios y pedagógicos. A su afición por la literatura y el arte, se unía la conciencia del bajo nivel cultural de sus paisanos, algo que pretendieron atenuar con esta publicación. En ella se distinguen tres tipos de artículos: los de creación literaria, los de crítica artística y literaria, y los costumbristas. La calidad de la revista, que se abstuvo de entrar en consideraciones políticas, fue más que notable, pero hubo de cerrar por falta de suscriptores y escasas ventas, debido a que no supo conectar con el gusto del gran público.

ABSTRACT

This article deals with a cultural review that came out in Jaén in the year 1945, and of which only three numbers were published. The editors, that were members of the intellectual elite of the city in that period, were moved by literary and pedagogic concerns. Added to their liking for literature and art, was their knowledge of the low cultural level of their countrymen, something that they tried to improve with this publication. In it can be distinguished three types of articles: those of literary creation, artistic and literary criticism, and local customs and manners. The quality of the review, that abstained from making politic observations, was more than remarkable, but they might close because of subscribers absence and lack of sales, since they could not connect with the taste of general public.

Si examinamos en cualquier historia de la literatura española las páginas dedicadas al panorama literario de nuestro país en los años de la posguerra, comprobaremos que la situación era poco alentadora. Por lo que se refiere a las revistas literarias que entonces se editaban en España, verificamos que, con alguna excepción, tampoco poseían particular interés. Podemos prever, en consecuencia, que, si poco era lo aportado por revistas de ámbito nacional, menos podemos esperar de las provinciales.

El excelente estudio sobre la prensa jiennense de Antonio Checa Godoy¹ corrobora lo que acabamos de apuntar: los años cuarenta del siglo XX presentan un panorama parco en publicaciones y pobre en calidad; sin embargo, a nivel provincial, refleja la salvedad de la efímera *Lagarto*:

«En los años cuarenta anotamos un brevísimo pero atrayente intento de revista literaria, *Lagarto*, publicación ('crítica, humor, poesía') que dirigió Sebastián Bautista de la Torre; publicó apenas tres números, pero constituye una excepción en panorama tan yermo de publicaciones de verdadero interés como son estos años en capital y provincia. En el citado anuario de 1945-46 declaraba lanzar 1.000 ejemplares por número. Tenía un formato relativamente grande para publicaciones literarias (folio mayor) y unas 16 páginas con papel de calidad» (Checa Godoy, 225).

Es exacto todo cuanto Checa Godoy escribe, pero esto es lo único que sabemos sobre *Lagarto*.

¹ Antonio CHECA GODOY, *Historia de la prensa jiennense (1808-1983)*, Jaén, Instituto de Cultura-Diputación Provincial de Jaén, 1986.

En efecto, aparecieron solo tres números, con fechas de abril, mayo y junio de 1945. El subtítulo de la revista –*Crítica, humor, poesía*– ilustra con bastante fidelidad su contenido, en el que podemos distinguir esencialmente tres tipos de artículos: los de creación literaria, los de crítica artística y literaria y los costumbristas. Estos últimos son muy heterogéneos en su temática. Prácticamente todos los pertenecientes al segundo y tercer grupo están escritos en una prosa con intenciones poéticas. Por todo ello, no hay duda de que *Lagarto* debe definirse como revista literaria.

En mi opinión, los dos impulsos esenciales que movieron a los redactores de *Lagarto* fueron el literario y el pedagógico: su gusto por la literatura se evidencia en el propósito estilístico que rebosa en todos los artículos. Los colaboradores de la revista no son meros redactores, son literatos más que aceptables; todos demuestran una notoria intención de estilo, incluso en colaboraciones cuyo género no requeriría ese registro. Bien es verdad que casi todos se ajustan a un tono que, entiendo, es el de la época, muy retórico, un poco altisonante y, a veces, algo cursi. Pero encuentro excelentes metáforas, adjetivaciones muy originales y, en síntesis, un gusto por la escritura demostrativo de la pasión literaria que acomunaba a estos escritores jiennenses de la posguerra.

Su pedagogismo es el propio de una élite que se siente intelectualmente por encima del contexto, contempla el sombrío panorama cultural que le rodea e intenta transformarlo. Intención que históricamente suele conducir al fracaso, dado el acostumbrado desinterés con que los ciudadanos de a pie reciben las sugerencias de los intelectuales y poetas, por la lógica falta de sintonía entre ambos estamentos. Su pedagogismo está expresado mediante la explicación directa de las ideas que se intentan transmitir o, muy a menudo, a través de la crítica, elemento central en la revista, como el propio subtítulo ya anuncia. Por la corta vida de la revista y por las opiniones expresadas en ella por los propios redactores, su altruismo didáctico sirvió para poco. La escasez de suscriptores y el limitado eco alcan-

zado propició la muerte de la publicación cuando apenas había nacido.

Es habitual el recelo con que los «dominados» intelectualmente reciben las sugerencias de sus «dominadores». *Lagarto* no escapó a esta regla: veremos cómo el editorialista se refiere en el número tres a la indiferencia y el desprecio con que la revista fue recibida en Jaén. Y si bien es verdad que algunos de sus artículos podían ser «difíciles» para el nivel de comprensión del lector medio de entonces, también merece subrayarse el esfuerzo que algunos articulistas hicieron por acercarse a la cultura popular, por ejemplo *El Tío Lobera. Un pastor de la Sierra de Cazorla* (de L. Polaino), o *Fandangos en la Sierra de Cazorla* (de N. Puga), etc. En realidad, son muchos los artículos de temática popular, pero es cierto que algunos de ellos poseen un tono excesivamente literario y un humor irónico que les confiere una oscuridad poco apreciada por el gran público. Otro elemento decisivo en su corta duración debió de ser la indiferencia, o rechazo, que *Lagarto* pudo suscitar entre la clase intelectual jiennense ajena al proyecto de la revista, algo también habitual, desgraciadamente.

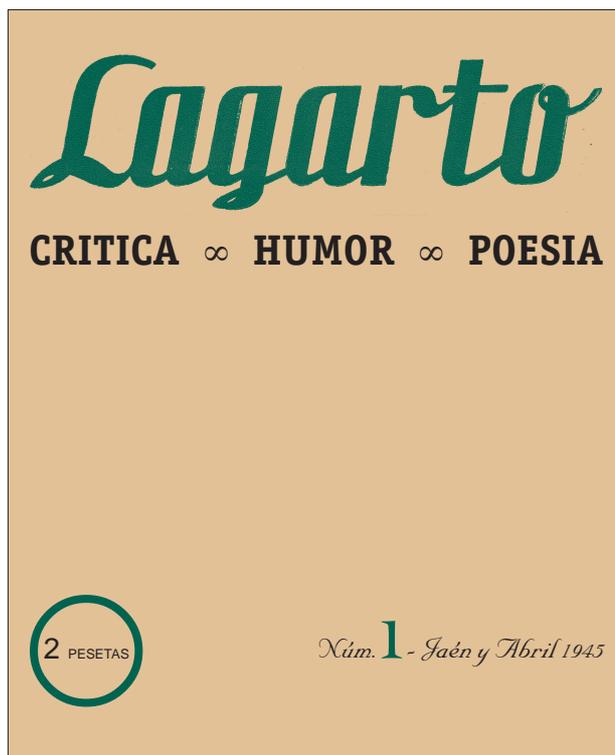
Si hubiera de elegir otros componentes definitivos de la revista, me inclinaría en primer lugar por su gusto localista: los paisajes y lugares descritos, añorados, o simplemente vividos, pertenecen al pequeño mundo de la provincia. Los personajes entrevistados y las costumbres criticadas, o solamente dibujadas, conciernen con frecuencia a ese pequeño universo. La mayoría de los artículos se desenvuelven, sin duda, en un escenario jiennense. El sentimiento elitista de sus autores alcanza en pocos momentos una dimensión cosmopolita. Pero también existen ocasiones, como se verá, en que sus inquietudes sobrevuelan por encima de la geografía para detenerse en el ámbito de lo metafísico o lo existencial.

Considero que otro componente importante de *Lagarto* es la recurrencia con que trata el binomio «naturaleza/civilización», o, más exactamente, «naturaleza/técnica»: abundan los paisajes en que los autores acuden a esta distinción

para añorar mundos pasados, mundos en los que la técnica no había irrumpido y las relaciones de las personas entre sí, o de las personas con el medio, eran más auténticas, más naturales. No es una añoranza que deba interpretarse políticamente como nostalgia de un régimen político pasado más justo, sino todo lo contrario, una añoranza propiciada por la mentalidad oficial de la época, defensora de una inevitable autarquía ante el aislamiento internacional, que comportaba la escasez de recursos técnicos y la necesidad de servirse de «lo natural».

Dicho esto, es justo destacar que no existe en la revista ningún tipo de propaganda política ni de adhesión explícita o implícita al régimen de Franco. Las cuestiones estrictamente políticas están exquisitamente ignoradas, lo cual no impide adivinar en algunos articulistas, pocos, la defensa de una mentalidad acorde con la oficial. Pero el tratamiento de ciertas cuestiones culturales traslucen también, como veremos, una actitud abierta que no concuerda con la política de la época. En cualquier caso, los textos de la revista no proporcionan información suficiente para averiguar la concreta ideología política de los redactores; es muy posible que todos escribieran bajo la consigna de abstenerse de realizar pronunciamientos claramente políticos.

Lagarto se autodefinió muy acertadamente como revista de «crítica, humor, poesía»: la crítica es el instrumento pedagógico más utilizado por los redactores; el humor está muy presente, revestido de ironías, metáforas, paradojas y alusiones. La poesía se muestra no sólo en las páginas propiamente poéticas, sino en cualquier texto, redactado invariablemente con una escritura literaria, en algunos casos de considerable altura. Es justo reconocer, así pues, que *Lagarto* es una revista muy digna, con muy buenos escritores, y con unos propósitos muy plausibles, aunque debamos reconocer que son escasas las ocasiones en que se vislumbra el eco de algún debate cultural de altura, relativo al arte, literatura, cine, filosofía, política, etc. Las próximas páginas anotarán lo poco que de estas cuestiones hemos encontrado.



Pasemos ya a analizar con cierto detalle los diferentes aspectos de la revista. La mayoría de sus artículos están firmados por autores conocidos en el Jaén de la época, aunque algunas de las colaboraciones aparecen bajo seudónimo, o bien anónimas. Suponemos que su director, Sebastián Bautista de la Torre, fue el responsable de los editoriales anónimos que encabezan cada uno de los tres números. En el primero de ellos presenta la nueva revista, justifica el título y explica sus propósitos.

LOS EDITORIALES

Este lagarto que nace ahora no es aquel desagradable y voraz de la leyenda, sino uno distinto que, desde el altozano de Santa Catalina, será cazador de la verdad. No impondrá modas, escuelas o teorías; no se siente atraído por las novedades, pero tampoco querrá imponer la erudición o la «remilgada preceptiva» propia de la «tiesura académica». Sus páginas están abiertas a todos los jóvenes adictos al «deporte literario». Su espacio es el de la crítica, el humor y la poesía. Su actitud es pacífica, pero si alguna vez

muestra «la amarillez de un colmillo», debe ser perdonado. El lagarto está aquí, «ayudadle en su empresa».

Esta apelación editorial a los lectores elude la requisitoria directa de apoyo económico, de suscripciones, de compradores, pero su necesidad está implícita. Su autor se centra, más bien, en mostrar una actitud ecléctica, entre lo nuevo y lo tradicional, que constituirá la línea oficial de la publicación. En su segundo editorial, Sebastián Bautista de la Torre es más poético. Escribe un texto donde la forma prima sobre el contenido. Muy bien escrito, aunque lindando a veces con la pedantería, hace un panegírico de la primavera –«nuestro lagarto quiere hacer de la primavera del tiempo razón simbólica y gracia de su existir»–, cita a Rubén Darío y declara que el lema de la revista, basado en «la inquietud espiritual y poética», es «vivir». Ninguna alusión al escaso número de suscriptores, a pesar de que en otro lugar de este mismo número (II, 5) comprobamos que se habla del pobre éxito que está obteniendo en el campo de la suscripción.

En su tercer editorial, del mes de Junio, el director de *Lagarto* continúa con sus metáforas estacionales. Sobre el «sol tibio de la primicia estival» construye un discurso acerca de la noble actividad de los redactores, refiriéndose, ahora sí, a la ingrata acogida que Jaén ha dispensado a esta publicación: «Y hemos oído el cuento simple que alude a unas fechas fijas que no se cumplen, a unas palabras que no se entienden y a un humor soterrado que todos quisieran a flor de piel [...]. Han pretendido obstruir nuestro paso con la montaña del desprecio y el lago viscoso de la indiferencia» (III, 3), a pesar de lo cual, manifiesta, el equipo de redactores sigue firme en sus objetivos.

En efecto, aunque la revista se publica con fechas de abril, mayo y junio, es casi seguro que salió con retraso en alguna ocasión. Al menos el número de junio debió de salir bastante después de ese mes, porque alguna de las colaboraciones que contiene está fechada en julio de 1945. Por otra parte, es muy normal que el gran público

encontrara en la revista «palabras que no se entienden», porque, a pesar de su afán didáctico, el prurito estilístico e intelectual de algunos de los redactores les impedía ponerse al nivel de la calle. Asimismo, la crítica por su «humor soterrado» es también justificada: hay algunas expresiones o ironías incomprensibles para el lector culto actual y, sin lugar a dudas, muchas más debieron de serlo para el lector medio de entonces.

Desgraciadamente, el de junio fue el último editorial de su director, este sería el número final de la revista. La primera interpretación de este evidente fracaso conduce a la dificultad que para el intelectual tiene el acogerse al registro del hombre de la calle, bien porque no sabe o porque no quiere rebajar su nivel. Si los editores de *Lagarto* pretendían un alto número de lectores y de suscripciones, como así era, habrían debido adaptarse a los gustos y la cultura del gran público y, consecuentemente, habrían debido escribir otra revista diferente de la que escribieron. Los patrones del *Lagarto* que salió a la calle eran los propios de una clase intelectual por encima de la media, y en el Jaén de la época era bastante improbable que abundasen lectores de este tipo, de ahí su fracaso.

CREACIÓN LITERARIA: POESÍA Y CUENTOS

Los artículos de creación literaria ocupan un lugar destacado en *Lagarto*. Al menos cuatro o cinco páginas de cada número están dedicadas a la poesía y al cuento. Sería muy prolijo describir y comentar aquí cada una de las muchas composiciones en verso que adornan la revista. Limitémonos, pues, a dejar constancia de los nombres de los poetas, y a hacer un sumario análisis de su poesía. Los autores fueron: Rafael Porlán (I, 5 y III, 5), Rafael Laínez Alcalá (I, 5), Sebastián B. de la Torre (I, 5), Juan Almodóvar (II, 6), Cesáreo Rodríguez Aguilera (II, 6 y III, 5), Vardo Luna (II, 6; II, 7 y III, 4), José M. Gallo (II, 7 y III, 5), J. Peñas Bellón (II, 7), Fernando de los Ríos y de Guzmán (III, 4), Bienvenido Bayona (III, 5) y Pilar Millán Astray (III, 11).

Como puede apreciarse, Sebastián Bautista de la Torre, el director, es autor de uno de los poemas publicados en el primer número. Los más asiduos fueron Vardo Luna (autor de tres composiciones), José M. Gallo y Rafael Porlán (dos poemas cada uno). Los demás escribieron una sola composición. Como dato curioso, *Lagarto* publica una nota necrológica dedicada a uno de sus mejores poetas, Rafael Porlán, *La cita sin hora. A la muerte de Rafael Porlán* (III, 11), en el mismo número en que también aparece una poesía suya, *Canción fácil* (III, 5).

La revista declara en su número II que su línea editorial no contempla la publicación de sonetos: «[la revista] admira esa fórmula exacta de creación poética, pero ante la epidemia *sonetista* que actualmente padecemos, vuelve por el fuero de la llanura lírica, cultivando la estrofa clara de un arte selecto y popular con metro y expansiones españolísimas» (II, 7). Sin embargo, en el número III incumplen su propósito publicando un soneto firmado por Pilar Millán Astray (III, 11), en una nueva sección dedicada a autores consagrados. Es posible que se trate de una caso de interferencia política, a la vista de los apellidos de la mencionada escritora.

En efecto, tal y como el propio *Lagarto* anuncia, la mayor parte de las composiciones publicadas corresponden a metros y estrofas «españolísimas»: predomina el octosílabo, y son muy habituales el romance y la cuarteta. Los temas más frecuentados son los amorosos, religiosos, festivos, sobre paisajes locales y cuestiones existenciales, como el paso del tiempo, la melancolía, etc.

También aparecen en la revista, como digo, varios cuentos, concretamente cuatro. Dos de ellos están firmados por Gil de Góntar, *El crítico* (I, 14-16) y *El Don Juan de los demás* (II, 12-15). Otro es de M. Nieto, *¿Por qué Menchita Vidal no fue feliz?* (III, 16), y el último de Antonio Almendros Soto, *El forastero* (III, 12 y 14). Este último, hijo y nieto de conocidos escritores y periodistas jiennenses, colabora con *Lagarto* también en otros apartados de la revista, como se verá.

Posiblemente, *El crítico*, de Gil de Góntar, es el mejor relato de los publicados: contra el tipo

de escritura frecuentemente barroco de la revista, este autor practica una prosa contenida, sobria, elegante, y además maneja a la perfección el desarrollo del ritmo narrativo. El personaje del relato es un hombre muy capacitado para la crítica: capaz de observar con tino y perspicacia el mundo que le rodea. Censura todas las costumbres, actos y actitudes que lo merecen, motivo por el que se gana el rechazo de la gente. Al creer que sus críticas no han contribuido a mejorar la sociedad circundante, abandona su tarea, hasta que le visitan una serie de personajes suplicándole que continúe su labor, gracias a la cual sus vidas y sus mundos han mejorado. Se trata de una narración en la línea crítico-pedagógica de *Lagarto*.

También el segundo relato de Gil de Góntar, *El Don Juan de los demás*, posee un alto nivel. Trata de un hombre que cuando pide en matrimonio a una joven enamorada esta le retira su amor y se aleja, casándose con otro. Tras muchos fracasos de este tipo, monta una agencia matrimonial, con la que alcanza un gran éxito como casamentero de los demás. Finalmente se casa en unas circunstancias muy peculiares. Es un relato entretenido, original y muy bien escrito. Por otra parte, la breve y ágil narración de M. Nieto, *¿Por qué Menchita Vidal no fue feliz?*, es deliciosa: Menchita Vidal, rica y guapa, no era feliz porque tenía una nariz un poco chata, y todos comentaban ese defecto suyo. Un cirujano plástico se la operó, dejándola perfecta; entonces todos añoraron su nariz imperfecta, hasta su novio, que la abandonó. Así no se podía ser feliz. Finalmente, el relato de Almendros Soto, *El forastero*, se desarrolla en «Oleilandia», Jaén, y trata el favoritismo con que los jiennenses trataban a los forasteros. Es una metáfora sobre el papanatismo que supone el pensar que todo lo de fuera es mejor que lo propio. Almendros Soto escribe muy bien, como demuestra en esta amena narración y en otros lugares de *Lagarto*.

ARTÍCULOS COSTUMBRISTAS

Los artículos costumbristas ocupan una parte muy importante de la revista. Es en este gru-

po donde hallamos algunas colaboraciones anónimas o bajo seudónimo. *De la cueva al sol* es una de sus secciones: en el primer número, bajo el título de *Estatuas* (I, 6) y firmado por Fisgan, aparece un trabajo dedicado a la estatua de D. Bernabé [Soriano] en el «camino de la estación». Es un elogio de este jiennense ilustre, escrito con una prosa ágil, aunque rayana en lo cursi. Esta misma sección contiene en el segundo número el escrito denominado *Jardines* (II, 13), firmado por «El lagarto de la Malena», de prosa más sobria y dedicado a los jardines de la Alameda, muy poco concurridos entonces según el autor, amante de la naturaleza y poco proclive a lo moderno: allí «hay encanto de cosa añeja con ignorancias de radio y cupos de gasolina». En el tercer número no aparece esta sección.

Hacha de sílex es otra de las secciones que pueden encuadrarse en el tipo de artículos costumbristas, aunque en este caso se aprecia una carga ideológica que no poseen los anteriores trabajos, dedicados a lugares típicos de Jaén. *Caballero...* (I, 7) es el primer encabezamiento de esta sección. Firmado por «Un celtíbero», es una defensa de la caballería y la cortesía, frente a la mala educación reinante. Nada objetable hasta aquí, pero el discurso del autor se torna ideológicamente discutible cuando aborda la defensa del «carácter español»: ningún país ha defendido como el nuestro los valores de la cortesía, la espiritualidad y la hidalguía; «fuimos una casta única», «¿pero conservamos las viejas virtudes?». La respuesta para el celtíbero es «no», por eso la necesidad de eliminar los «microbios» que han invadido a «los infectados» de nuestro entorno. Este artículo es uno de los pocos que reflejan la mentalidad oficial de la España de entonces, que ridículamente se consideraba como la depositaria universal de los valores tradicionales de Occidente. En el siguiente artículo de *Hacha de sílex* (III, 6), también encabezado con el vocativo de *Caballero...*, su autor, «Celtíbero», de nuevo continúa defendiendo lo antiguo frente a lo moderno. En este caso, con buenos toques de humor, viene a sostener que los viajes en diligencia eran más cómodos y divertidos que los realizados ahora en tren.

De esquina a esquina es una sección que aparece en los tres números, sin firma, compuesta de breves reflexiones sobre cuestiones variadas, relacionadas siempre con la actualidad de Jaén, sus costumbres, sus paisajes... En ella aparece el viento de la calle Campanas, los paseantes de la calle Maestra, el aburrimiento de la ciudad, los conciertos al aire libre junto a la Catedral, el amor en provincias, la moda de las «gafas ahumadas», etc. El tono irónico o metafórico y las referencias a un contexto que nos resulta lejano, y a veces francamente desconocido, imprime oscuridad y ambigüedad en algunas ocasiones.

La sección *Y entre los olivos, los cortijos blancos* contiene artículos donde se cantan los pueblos y los paisajes de la provincia. El primero de ellos, *Fandangos en la Sierra de Cazorla* (I, 8), de N. Puga, describe admirablemente un momento irrepetible en un escenario mágico, el baile flamenco de una pareja al son de una guitarra, bajo un cielo estrellado. *Yo soy un campanero* (I, 9), de Juan Rodríguez Aranda, dibuja el bello paisaje que se contempla desde la torre de la iglesia de Sabiote. En *El duende de la casita y vista a la inmensidad* (II, 8-9), de Sebastián B. de la Torre, se canta con gran sensibilidad a «Buenos Aires», esa «casita de cuento en los altozanos de nuestra ciudad», junto «al trasatlántico varado del Neveral». *Aquel pueblo*, de A. de Mesa y Fernández, es una bella evocación de un pueblo de la Alta Andalucía (II, 9). José Bautista de la Torre escribe, con muy buen gusto, *La canción del paisaje inquieto* (III, 8), dedicada a La Puerta de Segura, su pueblo natal. Finalmente, el cazorleño L. Polaino (creemos que Lorenzo Polaino Ortega) es el autor del bellissimo *El tío Lobera. Un pastor de la Sierra de Cazorla* (III, 9).

Dentro de este grupo de artículos debería encuadrarse la sección *Jóvenes que fueron*, que publicó solo una colaboración de A. Almendros, *En pleno 98: «La Pandereta»* (I, 11). Parece que la sección se propone recordar viejas glorias de la intelectualidad jiennense. En este caso, Antonio Almendros revisa cartapacios antiguos en su casa, encontrando unas páginas de *La pandereta*, «decenario satírico-literario» publicado en el Jaén de 1898, cuyo administrador fue Octavio



Almendros Camps, padre de Almendros Soto. El artículo resume el ambiente jiennense que rodeó la corta vida de aquel periódico, «un Jaén que discurre entre los discretos de la Plaza de Santa María [...] y los bailes en los salones del Casino Primitivo» (I, 11), y proclama el espíritu de renovación que movió a aquellos jóvenes. Si este elogio de la novedad es encomiable, por el contrario se echa en falta, por lo que parece anunciar el título, algún paralelismo con la España del 98; pero las reflexiones del periodista se quedan en un ámbito local, desentendidas del ambiente cultural y político de aquellos conflictivos años.

Lagarto, lagarto es el título de una sección crítica que trata también asuntos locales y costumbristas. En el primer número –firmado por «E»– se habla de los malos escritores, y se ataca ese tipo de contenido donde es más la forma que el contenido, «esos asombrosos equilibristas de la pluma que escriben y escriben sin manifestar nunca nada» (I, 10). A propósito de la invitación que la revista ha hecho a la mujer jiennense

se para que su fotografía aparezca en una sección –*Ojos que sí ven...*– donde se asomarán «las chicas guapas de Jaén y su provincia», el autor de este artículo –poco feminista– critica a la mujer, porque «siempre llega tarde a la cita». Es decir, ninguna joven ha querido que figure su foto (lo mismo sucederá en las sucesivas entregas). En el segundo número, *Lagarto, lagarto*, que ahora se publica sin firma, trata, entre otros motivos, de los ya antiguos «combates de amor» que se libran en la Plaza de Santa María, y de los más nuevos combates entre chicos y mayores, donde estos últimos ven agredida su tranquilidad por el bullicio y las carreras de los pequeños.

ENTREVISTAS

Son cuatro las entrevistas que se realizan en nuestra revista, tres de ellas a personajes de la provincia. Dos están firmadas por «Aguiles», una por «Satanelo», y la última por Antonio Almendros Soto. «Aguiles» conversa en *Figuras del mes* con Zabaleta, el gran pintor de Quesada, destacando su última exposición en Madrid, precisamente en los salones de la revista *Escorial*. En *Con Rafael Zabaleta, el pintor* (I, 4) se advierte que el entrevistador no es un simple aficionado; maneja con soltura y conocimiento conceptos relativos a la historia y crítica de la pintura, y sostiene unas opiniones artísticas a tono con el pensamiento oficial de la época, poco favorable a los movimientos de vanguardia: aunque Zabaleta procede de la generación de los *ismos*, de «aquella hora deshumanizada del arte por el arte», de aquel «intelectualismo de anteguerra, tan abocado en la nebulosa de lo estéril», de allí ha sabido extraer «la mejor flexibilidad espiritual». Sin embargo, las palabras del propio pintor desmienten elegantemente las estimaciones del crítico: estima Zabaleta que no debe hacerse una distinción tan tajante entre clasicismo y vanguardismo, ya que uno de los aspectos de la pintura moderna –cita como modélicos a Picasso y Cezanne– ha sido el de querer «restaurar la certera visión del pintor clásico». Y precisa: «mi admiración más completa es para los maestros de

E L U C I D A R I O

la antigüedad, pero sin olvidar que la continuación de ese arte está en mucho de lo que llaman *ismos*». Este es uno de los pocos artículos de *Lagarto* donde se abandona el espíritu localista para adentrarse tímidamente en un debate intelectual y artístico de dimensión cosmopolita.

La segunda entrevista de «Aquiles» está dedicada a *El Doctor Piqueras y la vida desahumada* (II, 4). En ella el Doctor Serrano Piqueras hace una crítica del tabaco, «enemigo público número uno», mientras que el entrevistador asume el papel de simpático defensor del fumar: imaginemos el doloroso espectáculo de las tertulias de café españolas faltas de la necesaria «atmósfera pestilente», o las corridas de toros, o la espera cinegética, etc. Es una conversación que no posee ninguna reflexión teórica sobre la cultura, como en cambio sí tenía la anterior, realizada por el mismo entrevistador.

«Satanelo» es el seudónimo del entrevistador de Estrellita Castro, *Estrellita Castro, o al freír será el reír* (I, 12), que entabla con la actriz y cantante un diálogo graciosísimo, lleno de ingenio por las dos partes. Su encuentro se desarrolla en un camerino, donde la actriz está cocinándose su comida en un fogón portátil, lo que da una idea de que la escasez de la época afectaba a un sector de población más amplio de lo que podría pensarse. Junto a frases chispeantes de humor, Estrellita manifiesta sus gustos: «donde se ponga Quiroga que se quiten tos esos latazos de Beethoven, Chopenjaguer [sic], etc.»; sus lecturas se reducen a «la *Hoja del lunes*, que la leo tos los días»; sobre el cine opina que «er cine español no podrá levantarse hasta que no se metan en toas las películas una mitad por lo menos de bailoteo y de guitarreo. Tipismo, señó, tipismo [...]. Na de problemas psicológicos». Discurso muy representativo de esa cultura popular que desprecia los cánones minoritarios y académicos; en aquellos años podían realizarse manifestaciones de este tipo sin que la reputación del interesado se viera afectada.

Antonio Almendros Soto es el encargado de entrevistar a *El músico Joaquín Reyes Cabrera* (III, 7 y 16). En la conversación mantenida por am-

bos se repasa la trayectoria profesional del director de orquesta y profesor de conservatorio. Este se lamenta de que hubo de marcharse de Jaén para progresar en sus conocimientos musicales, dada la falta de ambiente artístico en esta ciudad.

Cercano al género de la entrevista está el de retrato de personajes: *La aurora triste de Francisco Cerezo* (III, 15), firmado por «El Lagarto de la Malena», dibuja la figura de este joven pintor jiennense, amenazado –según el autor del artículo– por una doble ruina, la física y la artística. Se trata de un joven con mala salud y supuestamente genial como pintor, aunque todavía sin la debida técnica. Se pide ayuda para él, dada su falta de medios y la necesidad de salir de Jaén para progresar en su carrera artística.

CRÍTICAS DE CINE, LITERATURA Y ARTE

El capítulo dedicado a reseñas de cine, literatura y arte es medianamente abundante: en total se publicaron cinco colaboraciones sobre cine, una sobre teatro, otra sobre poesía y una crítica a una exposición de pintura. Es llamativa la desproporción entre cine y literatura; la explicación puede estar en la afición del director de *Lagarto* –Sebastián Bautista de la Torre– por el cine, según apunta Checa Godoy en su libro citado (p. 277). Pero no podemos saber si él fue el responsable de las páginas de la revista sobre el séptimo arte, ya que todas aparecen con seudónimo o sin firma.

En el primer número aparece una reseña titulada *Otra vez Cantinflas* (I, 13), firmada por «V». Podría tratarse del mismo autor que en el siguiente número firma otra crítica cinematográfica como «Ventolio». En la primera sorprende que se trate de una manera tan despectiva a un genio como fue el mexicano, «antropoide sin selva ni jaula», «condenado de plebeyez», el turbio y desaliñado Cantinflas «lo mancha todo con su presencia y amenaza los nervios del espectador con esa horrible camiseta y esos pantalones a media caída, que tememos caigan por completo de un momento a otro para redondear

la estampa de su ordinariez». Charlot, por el contrario, dulcificaba sus andrajos «con algún latido humano». Cantinflas no aporta al mundo cómico «la menor nota de novedad ingeniosa», por tanto habrá que arrancar «ese tiznajo de la blanca pantalla» y acabar con «un fantoche imposible para el decoro, la gloria y el jabón». El ensañamiento es máximo, y parece deberse a un esteticismo exacerbado, sin contemplaciones con el gusto de la mayoría.

Sin embargo el «Ventolio» de *Vacío de vida y tragedia del tiempo en «Nuestra ciudad»* (II, 11) es muy medido e inteligente. Escrito en una prosa excesivamente poética para tratarse de una crítica cinematográfica, el artículo debió de ser poco transparente para el sencillo público jiennense: sus reflexiones sobre la obra de Thornton Wilder y su versión cinematográfica presuponen que tanto una como otra eran conocidas por quienes le leían, de ahí la oscuridad que censuraron algunos lectores. Dicho esto, merece subrayarse que es una excelente reseña, centrada en el «drama del tiempo» y en el «vacío de la acción humana», cuestiones metafísicas y existenciales evidentemente gratas al crítico, gracias a las cuales la revista despega las alas de su frecuente localismo.

Además de estas dos reseñas sobre un actor y un filme concreto, en *Lagarto* apareció, sin firma, una sección titulada *Recortes de celuloide*, que puede leerse en cada uno de los tres números de la revista (I, 13; II, 12; III, 10) y que consiste en una serie de pensamientos cortos sobre diferentes cuestiones cinematográficas: en síntesis, son reflexiones que denotan un moralismo algo estrecho en algunos casos, pero también un juicio razonable y moderno en otros. Por ejemplo, y en este último sentido, refiriéndose a la abundancia de películas sobre la «perversidad» (entre las que cita *La loba*), el autor estima que «a veces la maldad se nos ofrece con tales lindezas de fascinación que los espíritus débiles quedan dudando de si en verdad se trata de un encomio o de un reproche» (I, 13). Se critica también el copiar las modas y modos del cine extranjero, el «suministro extraordinario de puñetazos», algo tan burdo si se compara con las películas del

maestro Hitchcock, cuya intriga está desprovista de «estacazos» y, sin embargo, son excelentes. También son geniales el Charlot de *La quimera del oro*, o la Greta Garbo de *Ninotchka*, afirma. El afán normativo y prohibicionista se advierte, por el contrario, cuando considera que «debían prohibirse las cintas de motivos religiosos que no alcanzan el tono justo de respetuosa exaltación». Pero en general, los juicios del crítico denotan un buen gusto fílmico. La crítica al Gordo y el Flaco, por «retorcerse» con tanta frecuencia las narices, nos hace pensar que posiblemente el autor de estos *Recortes* es el mismo que criticaba a Cantinflas por motivos similares.

El artículo sobre teatro, firmado por César Martínez y titulado *A usted que va al teatro* (III, 13), es una crítica a quienes presumen de distinguir el buen teatro del malo y, sin embargo, asisten a las malas representaciones. Porque alguien que aprecia, dice, a Benavente, los Quintero, Ibsen, Oscar Wilde o Pirandello, no puede asistir a representaciones de «glorias» como el Sr. Paso. El periodista critica a quienes padecen la enfermedad «cursi-teatral», y estima que los entendidos no deben acobardarse ante la opinión de la mayoría, esta «debe ser contrarrestada por el sentido de la minoría selecta».

Bajo el seudónimo de «Ruiseñor de vuelta» se presenta el autor del único artículo sobre poesía que *Lagarto* publicó. Se trata de *No están de moda, pero...* (III, 13). En él se hace un elogio de los libros de versos, tan huérfanos de lectores que ya solo se encuentran en las librerías de viejo. El autor es un empedernido lector de poesía, desinteresado, según dice, por las noticias de actualidad, por el mundo moderno, tan apresurado. Sus elogios a Antonio Machado –el lector actual podría pensar que en 1945 no cabía más que ignorarlo públicamente– se acompañan de una frase que resume su actitud: «Es, sin duda, la poesía un magnífico antídoto para la indigestión que padecemos de materialismo, egoísmo y atolondramiento».

La única crítica sobre una exposición de pintura en *Lagarto* es la escrita por Antonio Almen-dros: *Exposición en la Económica. Rufino Martos* (II,

16). Se trata de un notable texto, muy bien escrito, en el que Almendros demuestra poseer ideas interesantes sobre la pintura. Rufino Martos es un gran paisajista que cumple la exigencia de que no basta con trasladar al lienzo la realidad tal como es, sino que se debe, además, transmitir al «gran público sentimientos, ideas que de por sí no había de ver». Martos lo consigue gracias a un notable estudio de la luz, excelencia que no alcanza en sus retratos, que exigen el reflejo de un carácter, un estado de ánimo. Muy conseguidos son, por otro lado, sus bodegones, que requieren un grado de fidelidad casi absoluto.

EL PÚBLICO

La revista se completa con una sección, de autor anónimo, titulada *Siete respuestas*, que pretendía entablar un diálogo con los espectadores. El hecho de que apareciera solo en el primer número parece indicar que en su primera salida las supuestas cartas de los lectores eran ficticias, y que en las dos salidas siguientes no se produjeron las esperadas misivas del público. Con bastante ingenio e ironía el redactor «responde» a interpelaciones de lectores como «Impaciente, Úbeda», o «Rubita, Torredelcampo», etc. Son siete respuestas burlonas que versan sobre el amor, las suegras, los yernos, la poesía, los sueños, los celos, etc., pero el juego retórico es tan omnipresente que no podemos extrañarnos de su difícil comprensión por parte del público.

Además, *Lagarto* se refiere en varios lugares a sus relaciones con el público. En una página titulada *Lagarto, sí; lagarto, no* (II, 5) se contienen tres epígrafes anónimos que encaran esa difícil relación con la población jiennense. Bajo el encabezamiento de *Desengaños frente a Lagarto* se reafirma la línea seria de la revista frente a los desengañados que esperaban un «estallido de chistes fisiológicos», o los que anhelaban cursilerías amorosas, o quienes querían solazarse con la peor chismografía, o quienes esperaban un jamón como regalo junto a cada ejemplar de la revista (no es nueva esta costumbre), o los que esperaban un kilo de papel por las dos pesetas que costaba la revista, o los que comprobaron

que *Lagarto* no podía compararse con la *Revista de Occidente* o con la de *Ambos mundos*, etc. Evidentemente, nuestra revista decepcionó tanto a la masa como a los cultos, porque estaba exenta de vulgaridades en el primer caso, y porque su nivel no era excelente en el segundo.

También en esta página y bajo el epígrafe *Nuestras suscripciones* (II, 5), se narra con sentido del humor cómo los «equipos de captación» de la revista, operantes en la Plaza de Santa María, han tenido que soportar la huida de las chicas ante su reclamo, la tenaz resistencia de los pocos suscriptores jóvenes y la afable pero negadora sonrisa de los mayores. Sin embargo, el anónimo redactor confía que se aquieten los temores «y vengan todos a recibir la sana inyección de vida y entusiasmo que deseamos aliente en las soleadas páginas de nuestra publicación». Como se ve, la revista no parece discriminar acerca del género o edad de sus eventuales lectores, hombres y mujeres de todas las edades.

Finalmente, *Buscando al enemigo* (II, 5), el tercero de los epígrafes citados, señala que la intención de *Lagarto* era la de indagar en corrillos y tertulias sobre las opiniones adversas y recogerlas en la propia revista: estas han sido tan poco inteligentes y de tan poco ingenio que los redactores han desistido de su intención de publicarlas. Acaban así: «lo sentimos mucho, pero para ser enemigos nuestros hay que ganarse a pulso ese honroso puesto de distinción». Hay en estas palabras una mezcla de enfado ante la poca repercusión de la revista y de orgullo elitista que proclama su superioridad frente a la masa.

Ya hemos comentado cómo en el editorial del número tres, el director de *Lagarto* se refería a las críticas que su revista recibió, pero de las que han salido fortalecidos: «Han pretendido obstruir nuestro paso con la montaña del desprecio y el lago viscoso de la indiferencia. Pero nuestro cuerpo salió bien curtido de la prueba...». Lo cierto, y triste, es que este fue el último número de la publicación.

La revista se completa con varias fotografías (de personajes y paisajes) y dibujos alusivos a los textos que acompañan. Para rellenar los hue-

cos tipográficos de algunas páginas, aparecen algunas caricaturas y un nutrido número de breves frases encaminadas a explicar la línea editorial de la revista, sentencias sobre cuestiones sociales o existenciales, y simples apelaciones a los lectores.

Un juicio global sobre *Lagarto* requiere un comentario previo sobre sus destinatarios: el hecho de que se publicaran solo tres números indica su más que probable fracaso comercial. El error de los editores pudo ser el de poseer una definición confusa de su público y de sus objetivos: si los autores querían una revista en la que poder expresar sus inquietudes culturales y sus gustos, no habrían debido aspirar al contacto con un gran número de lectores; si querían alcanzar una gran difusión habrían tenido que renunciar a sus aspiraciones intelectuales en favor de unos textos asequibles, sencillos y de temática popular. El fallo comercial de nuestra revista partió de la falta de conciliación entre el nivel culto de sus redactores y el nivel escasamente cultivado de los potenciales lectores.

Dejando a un lado el desenlace comercial de *Lagarto*, y atendiendo exclusivamente a su contenido, está fuera de duda que esta revista jienense poseyó una calidad infrecuente en la época. Es verdad que no podemos hallar en sus textos aportaciones originales al ya leve debate cultural del momento, pero algunas colaboraciones demuestran un buen conocimiento del estado de la cuestión sobre determinadas cuestiones artísticas, filosóficas y literarias. Si a ello añadimos que no hay rastro en sus páginas de propaganda franquista, nada del burdo manipuleísmo previsible en el discurso oficial de aquellos años, y subrayamos, además, un nivel más que aceptable de sus páginas de creación, y un cuidado estilo en todos los textos publicados, hemos de concluir que aquel grupo de jienenses, idealistas, cultos y emprendedores, fueron capaces de elaborar una pulcra revista literaria, muy por encima de las expectativas ordinarias en aquel pobre ambiente cultural.

